

PAGINA LITERARIA

Wenceslao Fernández Flórez

LLUVIA INVERNAL

(FRAGMENTO)

No tenía muchos atractivos salir a ser zarandeado por el viento furioso y a ser herido por los mil alfileres de la lluvia fría.

La tibieza y la calma del hogar hacía más sensible el temporal que sentía correr enloquecido por las calles de la ciudad. Amaba la alegría burguesa de las llamas, el crepitar de los leños, el humo oloroso y los altos reflejos que bailaban por el alto zócalo de nogal.

La habitación semejaba una pequeña fortaleza sitiada vanamente por el furor del temporal. En los cristales atronaba la lluvia y se la veía correr en pequeñas ondas luminosas e incesantemente sucesivas.

La felicidad tenía entonces para mí este tanto por ciento de egoísmo que acentúa su buen sabor, cuando sentimos en la acera los pasos presurosos de alguien que huye del huracán.

El viento da un bramido en la chimenea; oigo las impacientes palmadas con que un vecino llama al sereno y pienso—con extraño sarcasmo—en que habrá tenido que dejar el paraguas para batir sus manos y que quizá esté mojándose terriblemente bajo un desbordado canalón.

Supongo que, al doblar las esquinas, el viento asaltará a los viandantes como un ladrón emboscado en las tinieblas. Una luz brilla cerca de una ribera, y cada onda se rompe en pedazos, revelando súbitamente en ella la múltiple violencia de la lluvia.

En las calles ateridas gimen, al doblarse, las acacias sin hojas; en las plazas desiertas, el mojado alfalto semeja una laguna negra en la que todas las luces tiemblan de frío y de pavor. El río parodia un rumoroso pasar de sombras por un cauce de sombras. El reflejo dorado de una luz brilla cerca del río y cada onda lo rompe en pedazos, como si quisiera llevarse uno. La masa de agua se dejaba peinar por las columnas del puente gruñendo como un monstruo aplacado.

Mientras tanto, el huracán revuela sobre los tejados.